

Sobre la ‘doctrina social de la Iglesia’

La moralidad y la inmortalidad: la crisis actual de los EU

por Lyndon H. LaRouche

17 de noviembre de 2004.

Hay un aspecto delicioso de ironía en que *EIR* recibiera el informe adjunto de nuestra corresponsal en Italia Liliana Gorini. Ya que fue su ancestro quien, de forma bastante literal, enterró a Giuseppe Mazzini, el que ella le informe a nuestro público anglófono del documento de 500 páginas del Vaticano, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, emitido por la Oficina de Prensa de la Santa Sede, tiene cierta ironía exquisita apropiada. Sería de esperar que esta excelente obra pudiera informar, y de ese modo mejorar la conducta futura de muchos ciudadanos hoy todavía descarriados, que votaron en contra del candidato presidencial demócrata John Kerry so pretexto de escrupulos “morales”.

Como informa el cardenal Renato Raffaele Martino, la composición recién dada a conocer la empezó el cardenal François-Xavier Nguyễn van Thuân, un querido amigo mío hoy muerto.* Ahora sale a la luz como la obra terminada en la que estaba ocupado al momento de morir, sobre temas de los que él y yo conversamos en varias visitas que sostuvimos en los años previos a su muerte. En esta ocasión, fuese apropiado limitarme aquí a una cuestión de moralidad, que hay que plantear debido al gran torrente de hipocresía pura y santurrón hasta el asco exhibida por un gran número de ciudadanos autoproclamados “morales”, en particular en la reciente elección del 2 de noviembre en el estado de Ohio.

Entre las más notables de las diversas sectas seudocristianas que hoy encuentran eco en la ciudadanía estadounidense, sectas que han proliferado así desde la época de la antigua

Roma imperial, están esas cepas del gnosticismo que le confieren el dominio del mundo real a Satanás, excepto en las raras ocasiones en las que Dios el Creador pudiera intervenir con rudeza. Para los embaucados antiguos y modernos de estas y otras variedades parecidas de tradiciones sectarias paganas, la moralidad es, en esencia, un código de conducta adoptado para los moradores astutamente cautelosos en lo político de un dominio regido por Satanás, un dominio en el que nuestros típicos moralistas oportunistas y cobardes de hoy en general ven como “equivocos” los valientes enfrentamientos que tuvieron con la muerte Juana de Arco o el reverendo Martin Luther King.

La conducta del pastor que fantasea que es un gallo que atiende a las gallinas de su congregación, pero que señala con furia y con exclamaciones atronadoras contra lo que él alega saber es la fornicación pecaminosa que practican sus feligreses, es típica de esa ausencia de un verdadero sentido de inmortalidad. O compara el comportamiento de esos ciudadanos de Ohio que, como los hipócritas que fueron, ni pestañearon de vergüenza cuando votaron a favor de continuar con las políticas económicas y afines de salud que son la causa del gran aumento de la mortandad de nuestros conciudadanos y otros. ¿Cómo podrían semejantes predicadores de una supuesta moralidad tal guiar a nadie a la inmortalidad, cuando por sus acciones sabemos que en realidad ellos mismos no creen en ella?

En suma, la esencia de la moralidad cristiana en semejantes cuestiones la representa de la forma más eficaz el famoso *Corintios I:13* del apóstol Pablo, donde el principio que el Sócrates de Platón conocía como *ágape* (es decir, el amor o la caridad) está en agudo contraste con el comportamiento de aquellos de entre nuestros ciudadanos que recién acaban de

* Ver la reseña de William F. Wertz del libro del cardenal Van Thuân en la revista *EIR* del 16 de febrero de 2001.



El cardenal François-Xavier Nguyễn van Thuân con el papa Juan Pablo II. El Compendio de la doctrina social de la Iglesia de la Santa Sede fue un trabajo que el cardenal inició antes de su muerte. Esta obra, escribe LaRouche, “afirma el sentido de mi propia inmortalidad, vista a sus ojos, como yo a mi vez vi la suya al tiempo que me daba su bendición”, horas antes de su partida.

darle su voto a la perpetración de crímenes de *lesa* humanidad y, de forma implícita, de crímenes contra el mismo Dios. El alma inmortal que sabe que es inmortal, confía en la inmortalidad como lo hicieron Juana de Arco y el reverendo Martin Luther King y, por tanto, realiza los actos que aun tan sólo el futuro podría cosechar, porque él o ella tiene la certeza de ese futuro. En cambio, a estos hipócritas, quienes con frecuencia se precian de ser sinceros y patriotas, como el gallón de corral en el púlpito, les importa un comino ese preámbulo contrario a Locke de nuestra Constitución federal, que ubica a la soberanía, al bienestar general y a la posteridad por sobre cualquier otra ley que nuestra república pudiera tolerar.

Los engendros radicalmente uniformes del gnosticismo satánico, tales como la prédica del abuelo del traidor Aaron Burr, el tronante Jonathan Edwards, son el modelo de referencia a considerar al sopesar la moralidad de esos hipócritas moralistas estadounidenses que toleran las enseñanzas de Locke (de la esclavitud humana en tanto propiedad), de Mandeville (de que el bien común deriva de la corrupción privada, como la de Enron), de François Quesnay (para cuya religión las personas empleadas en la propiedad eran mero ganado humano), y del plagiario y aborrecedor de los Estados Unidos de América, Adam Smith, quien copió los dogmas de Locke, Mandeville, Quesnay y del peor de todos, Jeremías Bentham, como ese dogma inmoral del “libre cambio”, que ha destruido y arruinado la economía de los EU y la de muchas otras partes del mundo en el transcurso de las más de tres décadas recientes.

De hecho, estos pobres creyentes de tales basuras gnósticas como el “libre cambio” no son cristianos en realidad. No creen que los seres humanos tengan almas de verdad. No creen ser responsables de las consecuencias de haber vivido de un modo que tiene que haber avergonzado a sus antepasa-

dos, y que asqueará a sus descendientes. Se enorgullecen suponiendo que no son los “guardas de su hermano”; pero, como la vaca a la que todavía no arrean al matadero, pecan de simples al suponerse de forma apasionada hombres y mujeres, y también astutos en la percepción de su propio interés sensual inmediato.

De modo que, en estos tiempos, tenemos a muchos estadounidenses que presentan una indiferencia estudiada a la suerte de futuro que le legan aun a sus propios hijos jóvenes adultos. Su conducta indica que no desean nada tanto como vivir, ellos mismos, en un reino fantástico de “nichos de comodidad” ideológica en el que puedan pasar por alto las consecuencias que dejarán tras de sí al momento de morir. Así, la manía de los juegos de apuestas cunde hoy entre varias generaciones de estadounidenses desmoralizados. No tienen ningún sentido de inmortalidad personal; por consiguiente, ¿por qué habrían de esperar alguna? Por tanto, ¿cómo podrían ser cristianos? ¿Por qué habría de sorprendernos, entonces, verlos comportarse —en las casillas de votación o de otro modo— como hipócritas inmundos?

Recuerdo los 1920 de mi niñez. Recuerdo la esperanza que venía de la mengua de los fervores religiosos de los “Elmer Gantry” de entonces, que eran hipocresías repugnantes nada diferentes a las que los Falwell y otros aun peores propagan hoy. Recuerdo que, con las realidades económicas del período de 1929–1933, la devoción religiosa predominante que se rendía a la retórica de Coolidge y Hoover cayó aplastada por el simple hecho de chocar duro con la realidad. Yo no creo que la teología mejorara mucho en los EUA de los 1930, pero al menos la locura religiosa amainó de forma considerable ante las frías realidades de la Gran Depresión y el ardor de la recuperación de nuestra nación encabezada por Roosevelt. Por desgracia, no hubo un presidente Franklin Roosevelt en Alemania, y vimos los giros que dieron ahí tales variedades gnósticas de fervor religioso con Hitler.

Hoy no estamos reviviendo la historia, sino que encaramos el embate de los desafíos que debieran servirnos de advertencia para no repetir la suerte de errores que, una y otra vez, han llevado a naciones como la nuestra a sufrir períodos de ruina, como los experimentados por generaciones previas.

En suma: hay una diferencia fundamental entre el cristiano que sabe, por ejemplo, lo que significa el concepto de inmortalidad para guiar la conducta propia y la de la nación, y aquellos, como los llamados “moralistas” de Ohio y otras partes, cuya idea de moralidad es la de “seguir la corriente para no buscarme problemas”, dentro de los límites mortales de lo que aceptan en su práctica como un reino gnóstico regido por Satanás.

El cardenal Van Thuân me dio su bendición personal pocas horas antes de fallecer. Su última obra, entregada como la *signora* Gorini nos informa aquí, afirma el sentido de mi propia inmortalidad, vista a sus ojos, como yo a mi vez vi la suya al tiempo que me daba su bendición. Nosotros los que sentimos la realidad de la inmortalidad tenemos el coraje de actuar para bien, una clase de coraje ausente entre aquellos

que aún están por alcanzar esta norma de moralidad. ¿Cuántos de mis lectores pueden decir lo mismo de su persona? ¿No es ésa una llave para abordar la verdadera crisis moral de los EUA hoy? Los fragmentos de la obra que dio a conocer el cardenal Martino, de los que tengo noticia, expresan esa intención para los que recibirán el mensaje; a ese respecto, también es, además de su virtud principal, una obra ecuménica que merece el estudio de todos, sea cual sea la profesión o fe nominal que profesen. Sin embargo, para de veras entenderla, tienes que encontrar en ti mismo un sentido de verdadera inmortalidad.

Para el Vaticano, la economía física y la paz son cuestiones morales

por Liliana Gorini

El 25 de octubre, una semana antes de las elecciones de los Estados Unidos, el cardenal Renato Raffaele Martino, presidente del Consejo Pontificio Justicia y Paz, sostuvo una conferencia de prensa en la oficina de prensa de la Santa Sede en Ciudad del Vaticano, para presentar el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, un libro de 500 páginas publicado por la Librería Editrice Vaticana, preparado por encargo del papa Juan Pablo II. Como explicó el cardenal Martino, el documento fue “elaborado por encargo del Santo Padre, y dedicado a él, por el Consejo Pontificio Justicia y Paz, que se responsabiliza plenamente del mismo. El documento se pone ahora a disposición de todos aquellos—católicos, demás cristianos y personas de buena voluntad— que buscan orientaciones concretas para promover el bien social de las personas y de la sociedad. Esta obra se inició hace cinco años, bajo la presidencia de mi venerado predecesor el cardenal François-Xavier Nguyễn van Thuân. La enfermedad y, más tarde, la muerte del cardenal Van Thuân, así como el consiguiente cambio de presidencia en el Consejo Justicia y Paz, produjeron un inevitable retraso en el trabajo”.

En la introducción del libro, el cardenal Ángelo Sodano, secretario de Estado del Vaticano, recalca que “el Santo Padre, al tiempo que desea que el presente documento ayude a la humanidad en la búsqueda continua del bien común, invoca la bendición de Dios para aquellos que habrán de reflexionar sobre las enseñanzas de semejante publicación”.

Lo que impacta a uno de inmediato al leer el documento, presentado inicialmente sólo en italiano y en inglés, es el gran contraste que hay entre los “asuntos morales” planteados por el Papa y su Consejo Pontificio, y los llamados “valores morales” o más bien temas aislados, tales como las uniones homosexuales o el aborto, planteados por George Bush y su princi-

pal estratega político, Karl Rove, durante la campaña presidencial para atraer el voto de los católicos y otros cristianos.

Uno de los principales capítulos del documento está dedicado a la promoción de la paz, y plantea con claridad que una acción bélica preventiva “lanzada sin pruebas evidentes sólo puede suscitar interrogantes morales y jurídicas”. Recalca que “el desarrollo económico es el nuevo nombre de la paz”, y se remonta a dos encíclicas que son fundamentales para la doctrina social de la Iglesia: *Populorum progressio* (Sobre el desarrollo de los pueblos) emitida por el papa Pablo VI en 1967, y *Centésimus annus*, emitida por el papa Juan Pablo II en 1991. El otro “asunto moral” que plantea el documento del Vaticano, y también planteado durante la elección presidencial estadounidense por el aspirante a la candidatura presidencial del Partido Demócrata Lyndon LaRouche, y por John Kerry, quien es católico, es el de la “moralidad en la economía”, y la necesidad urgente de establecer un nuevo sistema económico y financiero que castigue la especulación financiera, y que permita el desarrollo de la economía real y del bienestar general.

En un discurso que pronunció en 1997, el papa Juan Pablo II dijo que “una economía basada sólo en la ganancia financiera se priva a sí misma de sus propias raíces y de su motivo de ser, el cual debiera consistir en servir a la economía real y, en esencia, al desarrollo de los pueblos y las comunidades humanas. El cuadro económico adquiere mayor dramatismo si uno toma en cuenta la asimetría que caracteriza al sistema financiero internacional: los procesos innovadores y la desreglamentación de los mercados financieros tienden, de hecho, a darse solamente en algunas partes del mundo. Esto hace surgir cuestiones éticas serias, ya que los países excluidos de semejantes procesos, y aun de los beneficios de tales procesos, no están exentos de las consecuencias negativas de la inestabilidad financiera sobre sus sistemas económicos reales, y en especial si son frágiles y de desarrollo atrasado”.

A partir de esta óptica, el documento del Vaticano insta con urgencia a las “instituciones financieras y económicas internacionales a que identifiquen las soluciones institucionales más apropiadas” para cambiar el actual sistema financiero y resolver la cuestión de la “deuda externa” de los países pobres, otro “asunto moral” planteado por el Papa en varias ocasiones, incluyendo durante el Jubileo del 2000.

Estos valores morales fueron pasados por alto de forma flagrante por George Bush, Karl Rove y sus simpatizantes en muchas iglesias de los EU, incluyendo a varios sacerdotes católicos de Ohio que estaban listos a “excomulgar” a Kerry por su postura respecto al aborto, pero que no mostraron compasión alguna por los millones de africanos que mueren de hambre o de sida resultado de un sistema financiero inmoral y de las condiciones del FMI, ni compasión alguna por los 50 millones de estadounidenses sin acceso a la atención médica, o los ancianos privados de la vacuna contra la influenza. Cabe preguntarse si Bush, quien pretende que Dios votó por él, o alguno de los curas católicos que instaron a sus feligreses a



“En cuanto a una guerra preventiva, lanzada sin pruebas evidentes de que se aproxime una agresión, no puede sino plantear interrogantes serias desde el punto de vista moral y jurídico”.
Soldados estadounidenses atacan a Faluya el 9 de noviembre. (Foto: SFC Johancharles Van Boers, 55th Signal Co., Combat Camera, Fort Meade).

votar por él, alguna vez leyeron una de las encíclicas que cita el documento del Vaticano como fundamento de la doctrina social de la Iglesia, empezando con *Rerum novarum* de León XIII (1892), *Quadragesimo anno*, emitida por Pío XI 40 años después de *Rerum novarum*, en medio de la depresión económica de 1929, hasta *Páccem in terris* de Juan XXIII, y las ya mencionadas encíclicas *Populorum progressio* de Pablo VI, y *Centésimus annus* y *Sollicitudo rei socialis* del papa actual. Cabe preguntarse si alguna vez leyeron el Evangelio y, como LaRouche dijo en varias entrevistas radiales después de las elecciones, “a qué Dios le rezan en realidad, si es que a alguno”.

Como le dijera un ex primer ministro italiano a *EIR* diez días antes de las elecciones estadounidenses de noviembre: “La posición del Papa en cuanto a esta guerra es muy clara, es la de la madre Teresa de Calcuta, de que la guerra es mala en cualquier circunstancia, y que uno no remedia un hecho malo con uno peor. No sorprende que cuando el Papa recibió al presidente Bush en Roma, Condolezza Rice, su asesora de seguridad nacional, rehusó acompañarlo”.

Uno de los aspectos clave de la doctrina social de la Iglesia es su convocatoria a intervenir en defensa del bien común, la paz y las capas sociales afectadas por la crisis económica. Hace algunos años el papa Juan Pablo II instó a los dirigentes de las tres principales organizaciones sindicales italianas a “luchar por un nuevo orden económico más justo”. Desde el inicio de la guerra en Iraq, todos los domingos en la ceremonia del ángelus que tiene lugar en la Plaza de San Pedro, el Papa insta a los jefes de Estado a ponerle fin a la violencia y a tomar medidas urgentes para lograr la paz en Iraq, y entre Israel y Palestina.

El Papa y el Vaticano también han intervenido con tesón en el urgente asunto moral de establecer un nuevo sistema económico y financiero. En una conferencia sobre “la orientación moral en el crédito y las finanzas”, que llevó a cabo en Milán la Asociación para el Estudio de la Banca y los Mercados Bursátiles el 24 de noviembre de 2003, el cardenal Dionigi Tettamanzi, arzobispo de Milán, respondió a mi pregunta respecto a si Italia podía impulsar un nuevo sistema financiero y económico, un Nuevo Bretton Woods, diciendo: “Italia no sólo podría hacerlo, sino que debía de hacerlo”. Tan sólo cabe esperar que los verdaderos cristianos y los que el cardenal Martino llamó en su conferencia de prensa “los hombres y mujeres de buena voluntad que se interesan por el bien común”, aprendan al leer el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, cuáles son los verdaderos problemas morales que encara el mundo y el actual Gobierno de los EU, y actúen como corresponde, y que al fin reconozcan que este sistema financiero y esta guerra de veras son inmorales.

Documentación

La doctrina social de la Iglesia

A continuación reproducimos extractos del nuevo Compendio de la doctrina social de la Iglesia*

La vida económica

Capítulo 7:

La moralidad y la economía.

330. La doctrina social de la Iglesia insiste en la connotación moral de la economía. . .

332. La dimensión moral de la economía considera como fines inseparables, no como fines opuestos y alternativos, la eficiencia económica y la promoción de un desarrollo de la humanidad inspirado por la solidaridad. La moralidad no está en conflicto con la economía ni es neutral: si se inspira en la justicia y la solidaridad constituye un factor de eficiencia social de la economía misma. . . para luchar en el espíritu de la justicia y la caridad, doquiera existan esas “estructuras del pecado” (Juan Pablo II: *Sollicitudo rei socialis*) que generan y mantienen la pobreza, el subdesarrollo y la degradación. Esas estructuras se levantan y consolidan sobre muchos actos concretos de egoísmo humano.

IV: Las instituciones económicas al servicio del hombre.

349. No podemos compartir la idea de que pueda asignársele al mercado la tarea de abastecer todas las categorías de bienes, puesto que parte de una visión reduccionista de la

* No todas las citas son traducciones oficiales del Vaticano.

persona y de la sociedad. Ante el riesgo concreto de la “idolatría” del mercado, la doctrina social de la Iglesia destaca el límite del mercado, que puede verse con facilidad en su incapacidad de satisfacer necesidades humanas importantes, que requieren de “la existencia de bienes que, por su naturaleza, no son ni pueden ser simples mercancías” (Juan Pablo II: *Centésimus annus*).

V: Res novae en la economía

a) Globalización: oportunidades y riesgos.

364. La doctrina social ha puesto de relieve en más de una ocasión los desequilibrios de un sistema de comercio internacional que, como consecuencia de políticas proteccionistas, discrimina los productos provenientes de los países pobres y obstaculiza el desarrollo de las actividades industriales, y la transferencia de tecnología a esos países. El deterioro continuo en los términos de intercambio de las materias primas, y la creciente disparidad entre los países ricos y pobres indujo al Magisterio de la Iglesia a recordar la importancia de tener presentes los criterios éticos que deben orientar las relaciones económicas: la promoción del bien común y el destino universal de los bienes. De lo contrario, “los pueblos pobres continúan siempre aun más pobres, mientras los pueblos ricos cada vez se hacen aun más ricos” (Paulo VI: *Populorum progressio*).

b) El sistema financiero internacional.

368. El desarrollo de mercados financieros, cuyas transacciones en volumen rebasan las reales, conlleva el riesgo de seguir una lógica que se autoalimenta, sin conexión alguna con la base económica real.

369. “Una economía basada sólo en la ganancia financiera se priva a sí misma de sus propias raíces y de su motivo de ser, el cual debiera consistir en servir a la economía real y, en esencia, al desarrollo de los pueblos y las comunidades humanas. El cuadro económico adquiere mayor dramatismo si uno toma en cuenta la asimetría que caracteriza al sistema financiero internacional: los procesos innovadores y la desreglamentación de los mercados financieros tienden, de hecho, a darse solamente en algunas partes del mundo. Esto hace surgir cuestiones éticas serias, ya que los países excluidos de semejantes procesos, y aun de los beneficios de tales procesos, no están exentos de las consecuencias negativas de la inestabilidad financiera sobre sus sistemas económicos reales, y en especial si son frágiles y de desarrollo atrasado” (Juan Pablo II: discurso ante la Academia Pontificia de Ciencias Sociales, 25 de abril de 1997).

371. Entre más el sistema económico y mundial alcance niveles elevados de organización y complejidad funcional, más enfrenta la tarea prioritaria de regular dichos procesos, orientándolos al logro del bien común de la familia humana. De manera concreta, esto implica la urgencia de que, además de los Estados nacionales, también la comunidad internacional asuma esta función delicada, adoptando instrumentos jurídicos y políticos idóneos. Por tanto, es indispensable que las instituciones económicas y financieras internacionales identi-

fiquen las soluciones institucionales más apropiadas, y elaboren las mejores estrategias de acción para lograr un cambio, pues de lo contrario, de dejar que las cosas sigan como van, causarían resultados dramáticos que afectarían en particular a las capas más débiles y más indefensas de la población mundial.

c) La deuda externa.

450. Debe tenerse en mente el derecho al desarrollo al tratar la crisis de la deuda de muchos países pobres. Esta crisis tiene muchas causas complejas, tanto a nivel internacional —tipos de cambio flexibles, la especulación financiera, el neocolonialismo económico— como a lo interno de los propios países endeudados —la corrupción, el mal manejo de la cosa pública, el uso desproporcionado de préstamos—. El sufrimiento más grande, provocado por cuestiones estructurales, pero también por conductas personales, recae sobre la población de los países pobres y endeudados, que no tienen responsabilidad alguna. La comunidad internacional no puede pasar por alto semejante situación: aun si enuncia el principio de que hay que pagar las deudas, debe encontrar una forma de no comprometer “el derecho fundamental de los pueblos a la subsistencia y al progreso” (Juan Pablo II: *Centésimus annus*).

La promoción de la paz

Capítulo 11:

III. El fracaso de la paz: la guerra.

497. El Magisterio de la Iglesia condena “la crueldad de la guerra” y pide que se examine con una mentalidad totalmente nueva. De hecho “en nuestra época, que se jacta de poseer la energía atómica, resulta un absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado” (Juan XXIII: *Páccem in terris*). La guerra es un “flagelo” y no representa nunca un medio idóneo para resolver los problemas que surgen entre las naciones. “No lo ha sido nunca y nunca lo será”, pues genera conflictos nuevos y más complejos. Cuando estalla la guerra se convierte en una “masacre inútil” y en una “aventura sin regreso” que compromete el presente y pone en peligro el futuro de la humanidad.

498. La búsqueda de soluciones alternativas a la guerra para resolver los conflictos internacionales asume hoy día un carácter de urgencia dramática, dada “la terrible potencia destructora que los actuales armamentos poseen”. Por tanto, es esencial examinar las causas que dan origen a una guerra, ante todo, aquéllas conectadas a situaciones de injusticia, pobreza y explotación, que tienen que removerse en primer lugar. “Por eso, el otro nombre de la paz es el desarrollo. Igual que existe la responsabilidad colectiva de evitar la guerra, existe también la responsabilidad colectiva de promover el desarrollo” (Juan Pablo II: *Centésimus annus*).

501. (. . .) En cuanto a una guerra preventiva, lanzada sin pruebas evidentes de que se aproxime una agresión, no puede sino plantear interrogantes serias desde el punto de vista moral y jurídico.